Benito Pérez Galdós: *La desheredada*

Posted on 1 de julio de 2001 by José María Merino

Pasar de un siglo a otro concede al menos la ventaja de poder juzgar el siglo recién transcurrido con el mismo criterio de cosa cerrada que hemos venido aplicando a los anteriores. Mientras el siglo estaba abierto y no había llegado a su final, vivíamos esa sensación de perenne actualidad a que sin duda incita el desconocimiento exacto de nuestros límites temporales. Claro que los calendarios son meras convenciones encaminadas a darle al tiempo un marco formal, pero al fin acaban determinando espacios concretos en que, desde la distancia, nuestro juicio quiere encontrar una coherencia moral y estética. El siglo XX terminó, podemos decir murió –para que nuestra reflexión tenga su verdadero sentido–, y está ya puesto en el panteón del pasado con todos los que lo antecedieron. Durante el siglo XX, un espejo bastante continuo de la contemporaneidad, en muchos aspectos –arte, historia, ciencia, técnica–, fue el siglo predecesor, el siglo XIX. En materia literaria, bajo el apelativo de «decimonónico», en una simplificación que quiso ignorar una notoria diversidad, recogimos todo lo que había ofrecido en poesía, teatro, cuento y novela, pero el adjetivo también nos sirvió para caracterizar lo rancio y pasado de moda. La reaparición de La desheredada, en una edición crítica cuidadosamente presentada y orientada por Germán Gullón, nos permite releer esta novela cuando ya el siglo de Galdós y el siglo siguiente pertenecen ambos a un pasado de la misma jerarquía, al menos psicológica.

Aunque Benito Pérez Galdós nunca ha dejado de tener fieles lectores y un número de estudiosos comparable al de Cervantes, no deja de sorprender el aire de superioridad y hasta de menosprecio con que ciertos escritores españoles lo miraron a lo largo del siglo XX, como si se tratase de un autor de poca monta, sólo considerable por lo abundante de su obra, incapaz, al parecer, de complejidad novelesca y de un estilo aceptable, atraído, además, por una temática que con cruel alfilerazo fue tachada de «garbancera». Sólo Luis Buñuel y Max Aub, por poner dos ejemplos de grandes creadores, fueron decididamente galdosianos en su propio trabajo.

En su memorable *Galdós, novelista moderno*, un libro que también debería reeditarse, Ricardo Gullón señaló cómo unos han echado de menos que no fuese «más literato», mientras otros motejaron su prosa de «estilo de café».

Acaso en esa valoración de Galdós haya habido mucho desconocimiento real de su obra. Galdós es un mundo, y hay varios galdoses en Galdós. No es lo mismo el joven Galdós de *La Fontana de oro* o *Doña Perfecta*, irregular, todavía simplista y poco cuidadoso de su instrumental dramático y verbal, que el Galdós con creces maduro de Miau, *Lo prohibido* o *Misericordia*, por citar sólo unas cuantas muestras de su enorme producción. *La desheredada*, que inició el período del mejor Galdós, ha resistido el paso de los años con envidiable resistencia, y se ofrece a nosotros como recién compuesta, deparándonos una lectura llena de sorpresas. Lo primero que hay que señalar es que Galdós publica este libro en 1909, a los 66 años de edad, pero que los sucesos que relata tienen lugar treinta y tantos años antes, en el tiempo de la gran crisis de la Primera República. La peripecia de la novela está entrelazada con los avatares históricos, que se presentan muy estilizadamente, casi como una alegoría paradójica de las ínfulas aristocráticas de la heroína. El tiempo histórico cumple así una función dramática, para dar mayor énfasis a las conductas. Sucede igual con los escenarios físicos de la acción. Presentados con mucha verosimilitud y sin excesos descriptivos, el manicomio en que arranca la novela, la cacharrería de la Sanguijuelera, la cordelería donde trabaja Mariano, los desmontes del suburbio, las calles menestrales y las burguesas, las casas humildes y el palacio de Aransis, los ámbitos de la administración con los «peces» que los habitan, los lugares públicos en fiesta, la cárcel, todos tienen la función de ayudar a entender mejor la conducta de la protagonista, a cargar de sentido tanto el mundo modesto en que se ve condenada a vivir como el mundo brillante de sus quimeras. La meticulosa referencia a calles, plazas y lugares, los repertorios de los objetos que ocupan casas y tiendas, nunca son superfluos, y le dan a los escenarios de la novela su fuerte certeza, además de denotar un gusto del autor por las palabras que tiene algo de demiúrgico, como si tales palabras creasen directamente el mundo que denominan. Tales escenarios son una apoyatura eficaz y convincente de las conductas, de la composición de los personajes, en que Galdós fue un indiscutible maestro. En Isidora Rufete, personaje central de *La desheredada*, viene a trazarse un arquetipo de cierta manía de grandeza que, alegoría de una sociedad alucinada por los valores de la riqueza material y del puro relumbrón social, se presenta desde la construcción de un extraordinario personaje. Isidora «tenía la costumbre de representarse en su imaginación, de una manera muy viva, los acontecimientos, antes de que fueran efectivos». Pocas indicaciones más le bastan a Galdós para dar entrada a un personaje que, lleno de vida propia y verdadera, parece significar muy bien las contradicciones sociales del mundo en que vive. Un personaje concienzudamente elaborado solamente a través de sus acciones y sueños, la fascinación por el lujo superfluo, el menosprecio de la clase social en que se ha criado y la falta de previsión y de sentido común.

La meticulosa referencia a calles, plazas y lugares, los repertorios de los objetos que ocupan

casas y tiendas, nunca son superfluos, y denotan un gusto del autor por las palabras que tiene algo de demiúrgico

Isidora Rufete está rodeada de un conjunto de personajes también vivos y bullentes. Algunos tienen más papel en la obra, como la Sanguijuelera, capaz, al tiempo, de la acritud y de la ternura, que sólo una mirada superficial confundiría con un tipo del retablo costumbrista; el inefable padrino don José de Relimpio y Sastre, algo cabeza loca y viejo verde fascinado por Isidora; Mariano «Pecado», cuya evolución desde la infancia en un barrio pobre hasta su desdichado final se apunta a través de breves pero eficacísimas escenas; el doctor Miquis, que asiste impotente a la irresistible caída de Isidora; el litógrafo Bou, abrupto defensor del comunismo libertario, de corazón sentimental. Otros ocupan menos espacio, sin por ello perder fuerza, como la marquesa, los sucesivos amantes de Isidora, el tío canónigo o esos «peces» descritos con tan certero sarcasmo, que nadan entre los fondos más o menos fluidos de la Administración. En alguna ocasión, el personaje secundario sirve de pretexto para que el lector conozca el estado de la trama. Es el caso del loco amanuense Canencia, que en una de las escenas iniciales de la novela entabla una conversación con Isidora que nos hace conocer eficazmente ciertos extremos argumentales sin que por ello deje de quedar el personaje perfilado con toda autonomía. El debate sobre las relaciones de Galdós con el naturalismo acaso no esté zanjado todavía, pero sin duda Ricardo Gullón tiene razón cuando, en la obra citada, contrapone al determinismo biológico y social de Zola la libertad con que, a pesar de todo, se mueven los personajes de Galdós, acariciados por la singular compasión de su autor.

En las relaciones entre los personajes, Galdós no elude ninguna situación que pueda ser expresiva del drama, por difícil que resulte su construcción. Escenas que un escritor menos dotado o más precavido resolvería mediante descripciones indirectas, él las desarrolla poniendo a los personajes frente a frente, en textos que no sólo denotan su buena mano para el teatro, sino que nos hacen sentir unas conductas plenas de verdad. Claro que en la novela no hay escenas sexualmente explícitas, pero incluso la comunicación de Isidora con sus amantes está expuesta con claridad. En muchas ocasiones, Galdós muestra una asombrosa intuición de esas pulsiones ocultas que el psicoanálisis comenzaría a desvelar unos años después: la probable fascinación carnal de don José de Relimpio hacia Isidora, que solamente se puede deducir de ciertas actitudes del personaje, o esa petición de que conserve el calzado que le hace el iracundo y celoso amante Sánchez Botín cuando se enfrentan violentamente y ella empieza a despojarse de sus ropas para devolvérselas, o las muestras de la turbia dependencia de Isidora hacia el frívolo y egoísta Joaquín.

La novela podría describirse como un melodrama, pero hay en ella muchos estratos complejos que obligarían a matizar la clasificación. En toda ella hay una mirada irónica que nos permite sentir los personajes muy cercanos sin perder la distancia, paradoja que se hace aún más explícita cuando el propio narrador se declara personaje del drama al señalar que transcribe información que le ha transmitido Augusto Miquis. Por otra parte, Galdós nunca cae en la exageración, a pesar de las numerosas escenas de acusado dramatismo que se van sucediendo a lo largo de la novela, y debe subrayarse que utiliza la referencia folletinesca como un elemento dramático más para la construcción de su personaje, que ha «leído su propia historia muchas veces», la de la «joven muy pobrecita» «que vive en una guardilla» «bonita y más honrada que los ángeles…». Galdós resuelve todos los episodios sin extenderse, sin morosidad, renunciando evidentemente a digresiones que, por otra parte, pudieran haberse introducido sin estridencia: podemos quedarnos con las ganas de conocer mejor el drama de la hija de la marquesa, la funesta locura de Tomás Rufete, los líos del marqués de Saldeoro, de Melchor, del siniestro «Gaitica», y, sin embargo, agradecemos al autor que haya prescindido de todo ese ramaje anecdótico, que haya contenido su espontánea exuberancia narrativa para ceñirse al cogollo dramático de la novela. Esa contención le da a *La desheredada* su intensidad y su fuerza, y hace que no se exceda ni siquiera en páginas, pues aunque es voluminosa, el lector nunca se resiente del lastre retórico del que con tanta ufanía se ha acusado a la novela del siglo XIX.

La desheredada es una novela bien proporcionada, perfecta en su medida. Sin duda, esta buena proporción proviene de su estructura. Las dos partes del libro son casi simétricas, pues la primera tiene 18 capítulos y la segunda otros tantos, más un breve capítulo 19 que pudiera ser lo único sobrante de todo el libro, una moraleja burlona que desmerece de las estupendas páginas que la preceden. En cada una de las partes, Galdós ha procurado la más amplia variedad de registros narrativos. Los años en que está escrita y publicada la novela, con el auge de los modernistas, pudieron servir a Galdós de acicate no sólo para esmerar su estilo, que en *La desheredada* ofrece verdadera concisión y tersura, sino para jugar a construir el relato desde diversas perspectivas formales. Los estudiosos han señalado cómo en *La desheredada* conviven la primera persona y el flujo de conciencia con la narración en tercera persona y las escenas dramatizadas. Hay también exhortaciones irónicas del autor, y fragmentos como esos tan espléndidos del primer capítulo de la segunda parte, en que se funden historia y ficción a través de las «efemérides verbales» de don José de Relimpio. El cambio de registro en los capítulos, además de enriquecer las dimensiones y horizontes del relato, es un agradable hallazgo para el lector, y una indudable invitación para una contemporánea lectura deleitosa.

Además, está el tema de fondo del homenaje al Quijote, apuntado a lo largo de todo el libro pero evidente en el último capítulo de la primera parte, «Últimos consejos de mi tío el canónigo», en que Santiago Quijano Quijada, el hombre bondadoso, simple y ultramontado que convenció a Isidora Rufete de su ascendencia aristocrática, la exhorta a una vida ejemplar con lenguaje de ribetes caballerescos. El delirio de Isidora, nacido de una información defectuosa apoyada en una falsificación, nutrido luego de las lecturas de libros folletinescos, la lanza a una aventura vital que terminará en el fracaso, mientras la sigue como un fiel escudero otro soñador, don José de Relimpio. También los sueños de Isidora Rufete son de gloria y fama, aunque en una línea de lujo y derroche a la medida de la burguesía de la «España sin honra». Y el humor de la novela tiene mucho de cervantino, aunque quizá filtrado a través de Dickens, cerrando un misterioso y sugestivo círculo literario, pues no deja de ser curioso que Galdós hubiese sido traductor de Los papeles del club Pickwick, otra de las obras resultantes del hechizo quijotesco.

Si Galdós, que nació en 1843, fue considerado inveteradamente «autor decimonónico», para bien y para mal, es lógico suponer que ninguno de los autores españoles actuales que haya nacido antes de 1943 podrá pertenecer estéticamente al siglo XXI. A Galdós se le reprochó el «olor a puchero» de su pequeña burguesía, como si en su época, en el panorama de la vida española, hubiese habido otros estratos significativos, dignos de ser contados y ordenados mediante la novela, que Galdós habría querido ignorar, o como si en la España de entonces existiesen ciudades con una Washington Square y mundos de Guermantes. No sé si sería aventurado imaginar que los hay ahora. En los reproches a la supuesta bajeza de miras de Galdós hay también algo de delirio quijotesco, en un país que si ya no huele a puchero es porque se han impuesto en las cocinas las ollas a presión, los cubitos de caldo concentrado y la *pizza* de encargo.